

renovar sus antiguas facciones; y la Francia tranquila dexó de temer á sus mayores enemigos encerrados en su seno. A la empresa de las Cruzadas, pues, y al zelo de *San Luis*, es á quien en algun modo se puede achacar el restablecimiento de la autoridad real: autoridad que así como *Luis XI.* supo acrecentar y afirmar, supo tambien *Luis* el Grande ensalzar hasta el punto en que la vemos: autoridad justa, legítima y respetable, que hace la felicidad de los pueblos, sin la qual viene á ser el Reynado una anarquía llena de turbaciones y de confusiones, y por consecuencia necesaria de desolacion y de carnicería.

Aquello que el zelo y el amor dispone con reflexion, lo executa desde luego el valor con buen suceso. Ya dexó *Luis* á su pueblo. Pero yo me engaño: otra persona igual á él vigila por la seguridad de Francia. Blanca hará por la sabiduría de su gobierno, que siempre tenga presente á *Luis* su pueblo, y no le dexen de temer nunca sus enemigos. Ya conducia la mar sobre sí aquella preciosa flota, que era la esperanza y el recurso de la Religion. ¡Quiera Dios que un viento favorable encamine al puerto con rapidez el modelo de los reyes y defensor de la divinidad! Ya se descubrian las costas de Africa, y parecia que se divisaba al enemigo (1). Como que se hacia este mas formidable por el zelo y la actividad de *Luis*. Ruega el christiano,

(1) Joinville.

manda el rey, exhorta el apóstol, y el héroe trata y se ocupa en meditar. Ansioso nuestro santo por ser mártir ó vencedor, se entró en medio de los peligros de la mar, y marchó contra los enemigos. Aunque le rodeaban mil peligros, ninguno le asombraba. Su fe le servia de defensa, y atacaba y penetraba por medio de numerosos batallones. Comunicóse su valor á su armada, y con su exemplo formó otros tantos héroes quantos eran los soldados que tenia. ¿Quién habia de temer los peligros, quando el mejor de los reyes los deseaba? A la verdad que qualquiera se juzgaba feliz siguiendo sus pasos hasta la victoria ó hasta la muerte.

No estuvo dudoso por mucho tiempo el combate. Todo cedió á su esfuerzo. Damietta, que era la llave de Egipto: Damietta, digo, aquella famosa ciudad por la opinada resistencia que hizo contra los ataques del célebre Juan de Briena, se admiró al verse en un mismo dia la plaza y defensa mas fuerte del Mahometismo, y la primera conquista de los Christianos. ¡Con quanta piedad santifica y celebra *Luis* la victoria que acaba de conseguir! Damietta me representó la imagen de Roma, no de aquella Roma profana que veía conducir á sus héroes en triunfo sobre un carró en medio de las esclavas y encadenadas naciones, sino de esta Roma que ve con admiracion enarbolada la Cruz sobre el Capitolio, y erigidos templos al verdadero Dios con los destrozos de los que estuvieron consagrados



á los ídolos::: ¡O Luis! ¡ó sagrada Religion!  
 ¿Es este un rey? ¿Es un apóstol? Sí: *Luis*  
 es rey, porque tiene la magestad de tal.  
*Luis* es apóstol, porque tiene su amor y  
 su zelo. Como defensor de la Cruz, le hace  
 que alcance toda la gloria del triunfo. A  
 colocarla va en aquellos templos que en otras  
 edades pertenecieron::: Cesa, culto impío, ce-  
 sa, que ya es tiempo de destruir tu império.  
 Habla, pues, *Luis*, y todo se muda: se pu-  
 rifican los templos, renace el Christianismo  
 y Jesu-Christo es el Dios á quien adora Da-  
 mieta. ¡Qué mejor conformidad y semejanza  
 que la que hay entre estos hermosos dias y  
 aquellos que brillaban al principio de la Igle-  
 sia! No turbaron ni hicieron decaer mas á la  
 idolatría los primeros sucesos de los apósto-  
 les, que lo que se turbó y decayó el Maho-  
 metismo por las primeras expediciones que el  
 valor de *Luis* hizo contar por famosas en  
 Egypto.

No serán estas solamente las que haga;  
 porque los vencedores no aspiran mas que á  
 multiplicar sus conquistas al paso que los  
 vencidos cuidan solo de reparar sus pérdi-  
 das. Vuélvense á juntar los Sarracenos dis-  
 persos, y esto hace que *Luis* consiga nuevos  
 triunfos. Pasa el Tanis, entra en las llanu-  
 ras de la Masura, exhorta, anima, amena-  
 za, y atendiendo á todas partes, él solo es  
 suficiente para todo. ¿Se ve cubierto por los  
 Sarracenos su hermano el conde de Anjou?  
 Pues inmediatamente acude *Luis* á su socor-  
 ro, y le liberta. El solo contra un trozo de  
 ene-

enemigos, y por encima de un monton de  
 cadáveres, les embiste con firmeza é intrep-  
 pidez, les sorprende, penetra por entre ellos  
 y los derrota. Habiendo ganado dos batallas,  
 extendió por Egypto la consternacion y el  
 espanto. Síguese á esto una victoria y la to-  
 ma del Cayro. Cede Alexandria, se rinde  
 Jerusalem y la Religion triunfa::: ¡O ines-  
 crutables juicios de Dios! *Luis* pelea por el  
 cielo, y este va á combatir contra *Luis*. ¡Pero  
 ah! Sus desgracias le serán útiles. A inmor-  
 talizar su gloria van y á consumir su santi-  
 dad. Con ménos experiencia no hubiera sido  
*Luis* tan grande. Sus victorias le hubieran  
 hecho únicamente comparable con los Con-  
 quistadores; pero sus desgracias le realzan,  
 digámoslo así, sobre sí mismo. La Religion  
 ha consagrado su valor. *Fortis*. Ella misma es  
 la que ha de sostener su paciencia. *Patiens*.

### TERCERA PARTE.

La justicia fué quien hizo á *Luis* el padre  
 de sus vasallos. Por su valor fué el terror  
 de sus enemigos. Su paciencia formó el elo-  
 gio de la Religion. Considerándole como rey  
 en las prisiones, y como héroe al espirar, le  
 manifestaremos del mejor modo posible, pa-  
 ra que con estos últimos lineamientos se des-  
 cubran mas bien los sentimientos de su co-  
 razon. *Patiens*.

Aquellos que nacen en la miseria, no per-  
 ciben toda la amargura de las desgracias.  
 Aunque siempre es sensible la adversidad, se  
 les



les hace esta mucho mas pequeña , como que no tienen que sostener aquel lastimoso contraste de la memoria en quanto á lo que eran y lo que son. Se puede decir , que la desgracia es la mitad mas llevadera quando aquel que la padece puede recordarse de los infortunios que sufrió ántes de la felicidad de que goza.

Pero ¡qué prueba es tan brillante para un rey poderoso y victorioso la de verse caer desde la mas alta gloria y grandeza en un abismo de humillaciones y desdichas! Y ¿quál es el primer golpe sensible con que empieza esta cadena de acontecimientos desgraciados? La muerte de un hermano. ¡Qué prueba de sufrimiento! El conde de Artois recibió órdenes de *Luis* ; y aunque era el primer vasallo , debia obedecer , porque al fin siempre era vasallo del rey. La sumision de este era exemplar , y su conducta un modelo para toda la armada. Miéntras que , como tan hábil en aprovechar sus primeras victorias , disponia otras nuevas , por medio de sus sabias y acertadas providencias , se apresuró con imprudencia el conde de Artois , no solo á hacerle perder sus ventajas , sino tambien sus esperanzas mismas. Manda y dispone el rey , y no sabe su hermano poner en execucion sus órdenes. Relévale de ellas con reflexion ; y el conde de Artois no escucha sino á su valor. El primero advierte los defectos sin temer del peligro : el segundo corre precipitado ácia estos , y no conoce su falta hasta que es irreparable. Por una parte dirige la pru-

prudencia una marcha segura y capaz de sorprehender al enemigo , en cuyo punto consistia el haberle vencido : por otra de nada duda la temeridad : siempre cree marchar con seguridad quando camina ácia la gloria ; pero el enemigo , á quien piensa perseguir , se reune , le rodea y le rechaza , y la Masura que debia ser la conquista de *Luis* , llegó á ser el sepulcro del conde de Artois.

A un mismo tiempo que la victoria perdió *Luis* á su hermano : lloraba á vista de esta desgracia. No creáis , señores , que la voz de la Religion ahoga los sentimientos de la sangre. Por mas que el altivo Filósofo afecte recibir con indiferencia las mayores desgracias , siempre es permitido al christiano enternecido aquellos justos desahogos de la naturaleza que en nada impiden el adorar los designios del Altísimo. Otras desgracias mayores le preparaba este á nuestro Santo. Mas ¿si le volveré á ver expuesto en medio de los crimines y delitos de su armada? ¡Propio es sin duda de la justicia divina , sorprehender y castigar á los christianos , que por la licencia de sus costumbres deshonoran el christianismo (1); y tambien á aquellos que manifestaban con demasiada claridad á los sorprehendidos Mahometanos , que los que se decian defensores del Evangelio dexaban de ser sus discipulos. Quiera Dios por medio de esta serie de tribulaciones acabar de acrisolar la virtud de *Luis*.

Con-

(1) Hist. de S. Luis, lib. 8. *La Chaise*.



Conjurados los elementos para destruirle, parece que convidaban á los Sarracenos con la victoria que deseaban. La armada christiana respiraba un ayre contagioso; engruesada la corriente del Nilo con los muchos cadáveres que en ella se echaban, se salia de madre, é infestadas sus aguas corrompiendo los alimentos: de este modo fueron cundiendo las enfermedades y haciendo la muerte horribles estragos. ¡Circunstancias demasiado favorables para los enemigos del nombre christiano! Volvió, por fin, á nacer su esperanza, que es la que hace emprender todas las cosas. ¡Ay de mí, pues veo que no les faltarán medios para conseguir las! Ellos atacan á un príncipe contra el qual pelean ya los elementos, las enfermedades y la muerte. Derrotóse, para decirlo de una vez, la armada de *Luis*, quien solo y sin defensa alguna, fué acometido y aprisionado, y se vió entregado al poder de sus enemigos, y despues preso y encarcelado.

Tal es el fruto de sus victorias: tal la recompensa de sus virtudes. ¿Acaso era menester dexar un reyno floreciente para ir á buscar á países extrangeros dueños tiranos y vencedores? ¿Era preciso que un apóstol, despues de haber erigido trofeos á la fe, acabase de este modo para lograr el martirio? No es extraño, christianos oyentes, porque al fin ese éra su destino. Pero ¿qué idea tan diversa se debe formar de un monarca, que habiendo nacido para ser protector de la Religion viniese á ser su víctima? ¿Qué idea,

en

en fin, de un gran rey y de un gran santo? No señores: no concedais nada á la piedad. *Luis* solo merece en su cautiverio sentimientos de admiracion. Ayudado de la fe, sabe sacar mil felicidades de sus trabajos y de sus mismas pérdidas. Pero ¿qué digo yo? ¿Cuál es lo que *Luis* há perdido? Nada; porque veo que todo lo encuentra en su Dios.

Aquel mismo Dios, á quien con tanta confianza invocaba, le tenia preparada la libertad, el poder y la corona:: Mayor rey me parece *Luis* en su cautividad que sobre el trono: si en este se hacia amar, en aquella se hacia respetar. En Francia imponia, como justificado, leyes á sus vasallos; en Egipto, por su firmeza, daba leyes á sus enemigos. Vestido con la púrpura encantaba por su moderacion, y en las prisiones admiraba por su constancia. Allá habia perdonado su clemencia á los vasallos rebeldes; acá le hacia resistir su fe á los príncipes vencedores. En el discurso de estos sucesos, no habian advertido en *Luis* los Sarracenos sino un guerrero famoso, capaz de disputarles la victoria, ni otra cosa mas que su valor y su bondad; pero despues de su derrota confiesan, que aun triunfó de ellos, y que en su persona reconocian un príncipe que sobrepujaba á los héroes. Si *Luis* hubiera continuado con sus victorias, solo hubiera tomado ciudades y conquistado reynos; mas estando prisionero y cautivo, señoreó, digámoslo así, á los espíritus, reynando sobre los corazones. En Damietta habia tenido que repartir sus lauros entre

tre



tre sus generales y soldados; pero en la Masura á nadie se advertia grande sino á él, cuya grandeza solo se la debia á la Religion.

Esta es la que le hace adorar y justificar la divina Providencia, y á quien los Sarracenos se atrevian á insultar irritados con sus sucesos. Esta la que le hace desechar con desprecio las indecorosas é indecentes condiciones que se atrevió á proponerle el jóven Mohadam (1): ¡Qué cautivo tan prodigioso, que obliga á que sus dueños y señores sigan sus pensamientos! Pero ¿qué digo yo? ¿Sus señores? ¡Ah! *Luis* no conoce otro señor que á Dios. Le hablan de rescate y se resiste á condescender, como que eran unos preliminares que su conciencia, su honor y su estado no le permitian ratificar. Se intentaba exígir de él un juramento horrible, pero con solo su indignacion manifestaba su resistencia. Ofrece el rescate de su armada; mas ¿á quién dexa garante de sus promesas? A su palabra. Los pérfidos Emíros manchan sus parricidas manos con la sangre de su príncipe: creen que á vista de este horroroso espectáculo, harán titubear la constancia de *Luis*; este los reprehende su delito: en una palabra, le propusieron que escogiese entre la abnegacion de la fe, ó la muerte. Pero ¡ah! exclamó él: todo el mundo puede mandar sobre mi vida: ninguno sobre mi fe.

En efecto, ninguna cosa le pudo intimidar. Su prision era un tribunal desde lo alto,

(1) Sultan de Egypto.

del qual protegía á la Religion con su modo de portarse, y la predicaba con sus exemplos. *Labore usque ad vincula* (1). ¡Que no pudiera yo hacer un millar de discursos que se me previenen! vosotros admiraréis, sin duda, aquél noble desinterés con que despreció la corona que sus enemigos, lisonjeándose de poder ser sus vasallos, ofrecieron con presteza á sus pies. ¡Que virtud aquella que sabe merecer los impérios y rehusarlos! El es otfo tanto mas grande y respetable, en quanto se hace insensible á los justos elogios que los Sarracenos le prodigaron, diciéndoles con una santa y laudable fiereza, que no se aprovecharía de ningun modo de su libertad, sino para socorrer á los príncipes christianos, librar los cautivos, fortificar las ciudades, levantar tropas, reparar sus pérdidas y defender la fé; y que ellos no dexarian de ser su enemigos miéntras que lo fuesen de Jesus Christo y de su Religion.

En fin, logra *Luis* su libertad. La política apresura su marcha: mas la Religion le detiene. Segunda vez fué cautivado: ¡Ah! no consentirá su corazon en dexar á sus vasallos entre las cadenas porque las suyas se rompan. El no saldrá de ellas hasta haberles arrancado de los horrores de la cautividad: Dexe á Egypto, y segunda vez desea ver alborotados los mares. Segunda vez respetan los vientos su virtud. La Francia le vuelve á ver; pero ¡ah! que no lo conseguirá, ni vol-

Tom. I.

F ve-

(1) II. Timoth. 2. v. 9.



verá á poseerle , sino para perderle de nuevo, y para perderle para siempre. El cielo le encaminó á Tunez.

El Africa , donde brillaba el christianismo con tanta magestad en el tiempo de Tertuliano y de Agustino (1), llegó á ser la primera conquista del Mahometismo y despues su centro. El reyno de Tunez tenia por soberano en el décimo tercio siglo á un príncipe que miraba como su apoyo la religion de Mahoma , y se lisongeaba igualmente de contar algun dia la de Jesu-Christo entre sus discípulos. ¡Qué motivos tan poderosos se presentaban para atacarle! Los inmensos socorros que administraba á los Sultanes de Egypto : la proteccion que daba á los Sarracenos de Marruecos y de España : los obstáculos que ponía por la mar á las empresas de Francia , de Inglaterra y de Sicilia ; y las apresuradas marchas que habia hecho contra la fe católica , no eran , segun él decia , otra cosa que un favorable pretexto para dar colorido á su mudanza. En efecto , tal le ofrecian la toma de sus ciudades , y el decaimiento de su trono : la necesidad de sacrificar su Religion á la tranquilidad de sus estados , á la felicidad de sus vasallos , y á la divinidad reconocida por el Christianismo (2): Aquel príncipe artificioso , parecia que trataba de acuerdo con *Luis*. Las inteligencias secretas de dos reyes , dan á entender que  
son

(1) Hist. Eclesiást. de *Fleury*.

(2) Joinville.

son seguros garantes del suceso. Atacar á aquel monarca era atraer al Evángelio una conquista esencial y fácil , ó , á lo ménos , castigar la falsedad y reserva de un pérfido soberano.

Formóse el proyecto , y se executó. ¡Con cuánta prudencia hace *Luis* que dichosamente se hermanen los intereses de la Francia con los de la Religion! Jamas olvidó lo que debía á sus vasallos : atento siempre á sus necesidades , dexaba por cabeza de su reyno á dos hombres (1), tan propios para hacer respetar su autoridad , como incapaces de abusar de ella.

Desde luego aplaudió y patrocinó el cielo una empresa que él mismo le habia inspirado. Llega *Luis* , y cae Cartago baxo el imperio de sus armas victoriosas. Los enemigos buscan en la huida su remedio. Se entregan , y , libertando á los cautivos christianos , se abre francamente la puérta de Tunez (1). ¡Generosa empresa! Pero ¡qué noche tan espantosa es la que va á seguirse á tan claro y precioso dia! Los reyes y los pueblos se habian sujetado y sometido ; pero los elementos aún se declaraban contra *Luis*. Esparce el cielo sobre la tierra sus malignas influencias. ¿Si os pintaré yo , y os haré ver , aquel ayre y aquellas aguas corrompidas , aquellas arenas que con su ardor dan una nueva actividad al contagio , aquella desolacion

F 2

(1) El Abad de San Dionisio , y el conde de Nesle.

(2) Joinville.



cion esparcida por toda la armada, y, en fin, aquellos vivos espectros que representaban por todas partes la imagen de la muerte?

¿Dónde habia de encontrar yo pinturas que tanto sorprendieran, y que bastasen para caracterizar la constancia de *Luis*? Olvidase de que es rey por acordarse únicamente de que es hombre, y de que es christiano. Por sus caritativos cuidados, y como un prodigio de humanidad, prolongó la vida de unos, y por sus tiernas exhortaciones santificó la muerte de otros. El solo es mártir del zelo, y á quien nada le interesaba la vida: ¡Ah! La sentencia estaba dada, y debia consumarse bien pronto el sacrificio.

El mismo *Luis* se siente tocado interiormente. Un veneno mortal se esparce por sus venas: ¡Qué desgracias le están reservadas para ántes de morir! No es bastante el que vea perecer á su lado sus mas valientes capitanes y su mas brillante nobleza. Una victima aun mas preciosa para el estado, mas querida de *Luis*, su hijo, en fin, el conde de Nevers, caerá y expirará delante de sus ojos. ¡Qué golpe para un padre que estaba él mismo á punto de expirar! ¡Ah! Esto es casi morir dos veces. Pero no: la Religion siempre triunfa de la naturaleza. Firme *Luis*, constante é invencible, se sujeta á los rigurosos decretos de la Providencia. Sacrifica generosamente á su hijo, y se ofrece despues á sí mismo. Determina y fixa el cielo sus ideas; y si es cierto que aún pensaba él en las cosas de la tierra, era por formar un

un príncipe digno de que le sucediese (1). Sus últimos dias les consagró á este importante cuidado. Con su trémula mano escribió las mas sólidas instrucciones; y de su boca (que breve cerrará para siempre) salieron oráculos políticos y religiosos.

Tendido sobre el lecho de la muerte aun se le presentaban maravillosos objetos á que atender. Echa su vista, casi extinguida, por las riberas de la mar, y percibe una flota numerosa que viene hendiendo sus olas: Su hermano el conde de Anjou, á quien la victoria habia puesto recientemente sobre el trono de Sicilia, venia á socorrerle.

Figuraos vosotros dos armadas que muy en breve no deben de componer sino una. ¡Qué oposicion! La una ignora la situacion de *Luis* (2), y cree que con acercarse á él se aproxima á la victoria. La otra se imagina ya verle expirar, y cree perder con él todas sus esperanzas. Mil demostraciones de alegría, ayudadas del eco de los instrumentos de guerra sobre la mar, anuncian el tiempo de una próxima funcion, y la destruccion del Mahometismo. El triste silencio que reynaba sobre la costa, demostraba con demasiada certeza el golpe fatal que amenazaba á la Francia y á la Religion. Resalta la alegría sobre las embarcaciones del rey de Sicilia, y todo se anima con la idea del suceso: se ve á Tunez, y se cree ver á *Luis*;

F 3

es-

(1) Hist. de S. Luis. *La Chaire*.(2) Hist. de S. Luis por dicho *La Chaire*.



esperando que muy en breve triunfase el Evangelio entre los infieles. Baxo el pabellon de este habia un torrente de lágrimas, acompañado de una consternacion general, por no haber recurso alguno para conseguir que la Religion conservase un defensor semejante. En fin, púsose *Luis* á las puertas de la muerte.

¡Cuán sensible debia esta representársele en semejante ocasion! ¡Ya es inútil aquel poderoso socorro, con cuyo auxilio esperaba humillar á los sectarios de Mahoma! ¡Muere, y estos subsisten! ¡Muere, y se le escapa el martirio de su vista y de sus deseos! ¡Qué ideas tan crueles precedieron á su agonía! ¡Ah! Nunca se hubieran excusado los tiranos para traspasarle su corazon.

Llega el rey de Sicilia á este tiempo (1). ¡Qué espectáculo! En lugar de regocijo y aclamacion, se encuentra con el espanto y el horror en el campo. Adelántase apresuradamente ácia las tiendas del rey. El primer objeto que se le presenta á su vista es *Luis*, pero muerto::: Confundido y arrebatado aquel príncipe de un vivo y penetrante dolor, abraza con ternura y respeto el precioso cuerpo del santo rey, le baña con sus lágrimas y repite mil veces los nombres de hermano y de señor. Sus lágrimas mas bien que sus palabras manifestaban la sinceridad de sus pesares y sentimientos.

Ex-

(1) Hist. de Francia por Mézerai, tratando de Felipe el Atrevido.

Extendiéronse estos á todos los corazones. ¡Qué tristeza en la Francia! Ella perdió á su padre. ¡Qué duelo en la Iglesia! Ella perdió su apóstol y su defensor. Pero consolaos reyno dichoso: consolaos, que con las sagradas reliquias de *Luis* os conduce Felipe el Atrevido la prenda mas segura de vuestra gloria y de vuestra felicidad.

La tristeza y los pesares se cambiaron desde este punto en veneracion, y las lágrimas en confianza. Ya no se lloraba por el rey, pues se invocaba al santo. La Francia rogaba á *Luis* como á su protector, y nuestros reyes estudiaban en él como en su modelo. Su sepulcro es la escuela donde todos los monarcas deben instruirse. ¡Dichosas las naciones que fuesen gobernadas por príncipes imitadores de los exemplos y virtudes de *San Luis*!

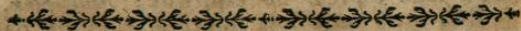
Por lo que á vosotros toca, christianos oyentes, imitad en este príncipe las virtudes que podais. La equidad corresponde á todos los estados. Esta virtud es tan propia de los ciudadanos como de los reyes, y del hombre como del christiano: *Justus* (1). Es menester ánimo para vencer las pasiones: los enemigos de la salvacion son más temibles que los del império, *fortis*. ¿Qué hombre habrá que pueda lisonjearse estar libre de las desgracias? Estas pueden ser la perdicion y el escolló de los pecadores, la prueba de los jus-

F 4 tos

(1) Psalm. 7.



tos y su consuelo. Su paciencia invencible corona su heroísmo y su santidad. *Patiens*. Tal es la sólida moral que nos predica el exemplo de *San Luis*. Si vosotros la practicáis con fidelidad sobre la tierra, participaréis de la gloria de que él goza en el cielo. Amen.



## PANEGÍRICO

DE SAN BERNARDO,

primer Abad de Claraval, y Doctor  
de la Iglesia:

PREDICADO

*En la de los Reverendos Padres Fevil-  
llans de la calle de S. Honorato; en la  
de la Abadía real de Panthemon, y en  
la del Colegio de los Bernardinos.*

---

*Spiritus intelligentiae, sanctus, unicus,  
multiplex.* Espíritu de inteligencia,  
santo, único y multiplicado. *Sap. 7.  
v. 22.*

Si me atreveré yo á aplicar al espíritu de un hombre un augusto carácter, que única y esencialmente corresponde al espíritu de Dios? Espíritu de santidad, que es la fuente y el fruto de todas las gracias: *Sanctus*. Espíritu único, que no es comparable sino á sí mismo: *Unicus*. Espíritu multiplicado, que en-  
cier-